

Arriba, edificio de la barcelonesa calle Joaquín Costa (antiguamente Poniente) donde vivió la asesina. Debajo, Enriqueta Martí acompañada por un policía

ALEX GARCIA



Enriqueta Martí Secuestradora y asesina de niños, protagonizó la crónica negra de la Barcelona de 1912. Cuatro autores han retomado su terrible caso

La verdad sobre el monstruo

Elsa Plaza
El cielo bajo los pies

MARLOW
501 PÁGINAS
17,50 EUROS

Marc Pastor
La mala dona / La mala mujer

Traducción al castellano de Juan Carlos Gentile

LA MAGRANA / RBA
249 / 256 PÁGINAS
18 / 14 EUROS
PREMIO CRIMS DE TINTA

Fernando Gómez
El misterio de la calle Poniente

HUERGA Y FIERRO
123 PÁGINAS
14 EUROS

Pierrot
Los diarios de Enriqueta Martí

MORALES I TORRES
EDITORES
277 PÁGINAS
23 EUROS

LILIAN NEUMAN

“Cautivadora y horripilante”, según Marc Pastor (Barcelona, 1977): “Una escultura milenaria, sin alma”. Una mujer que en estos últimos años bien puede haberse removido en su tumba. Porque cuatro escritores muy distintos, muy curiosos y tenaces decidieron, sin tener noticia uno de otro, retomar su terrible caso, que protagonizó la crónica negra de la Barcelona de 1912.

En esos años desaparecían niños, pero no fue hasta el secuestro de Teresita Guitart que se destapó la caja de los truenos. Teresita –rapada, y encerrada en aquel piso de Enriqueta de la calle Poniente (hoy Joaquín Costa)– fue devuelta a sus padres. Al parecer, se había salvado de las garras de una bruja dispuesta a matarla con un hacha o –como lo muestra Marc Pastor en su libro, en una escena difícilmente olvidable– a meterla en una olla de agua hirviendo. De Enriqueta se dijo que preparaba sustancias varias con –cómo decirlo– “materia prima infantil”, algunas aconsejables para curar la tuberculosis, supuestamente muy solicitadas en la alta burguesía de la ciudad.

La novela de Marc Pastor bucea con una gran valentía, aventurera



La liberación de Teresita Guitart del piso de la mujer en la calle Poniente destapó la caja de los truenos

e hiperrealista, en aquella ciudad cuyas leyes del juego eran, según su autor, las del mundo del western. Niños y niñas secuestrados sin que sus madres, casi todas ellas prostitutas, tuvieran la posibilidad de ser tomadas en serio por la policía. Criaturas que eran entregadas para deleite de degenerados en algún barrio alto. Criminólogo y miembro de la policía científica (verá el lector qué bien muestra la medicina forense de entonces), Marc Pastor lleva a cabo un personal dibujo de aquella sociedad canalla de la mano de un policía “perro viejo, malencarado y lleno de vicios”.

Hace unos años también, una historiadora y profesora de la Universidad Autónoma encontró un librito en la biblioteca de Horta, uno de esos libros que van a parar a la caja de los que nadie quiere y desecha. Se trataba de una crónica de 1912, con portada aterrador, que contaba detalladamente los terribles métodos de esa asesina de niños. Como los otros autores, investigó en archivos y hemerotecas, y emprendió un camino diferente. El gran mérito –y la novela tiene muchos– de *El cielo bajo los pies* es esa incisiva narradora, una joven periodista que consigue algo difícil en 1912: ser admitida en un periódico (que existió en la realidad), y no para escribir sobre la moda de París. En cambio, se sumerge en la mala vida de la ciudad vieja para descubrir la extensa trama de prostitución y tráfico de niños y adolescentes. Cuando Enriqueta Martí es encarcelada y comienzan a circular las terribles versiones sobre sus actividades secretas (y la existencia de su comprometedor agenda), esta muchacha no deja ni una sola vez de dudar.

Elsa Plaza (Buenos Aires, 1950) se pone en la piel de una feminista

Una película pendiente

Los cuatro libros respetan los datos objetivos: Enriqueta Martí, nacida en Sant Feliu de Llobregat en 1868, se trasladó muy joven a Barcelona para trabajar como niñera. Pero con veinte años acabó dedicada a la prostitución; un hecho que Pierrot recrea muy bien, mostrando aberraciones en casas de alto copete y sus primeros contactos con pedófilos de clase alta. Prostituta de joven y alcahueta de mayor, casada con un pintor de mala muerte del que se separó varias veces, fue encarcelada en 1912. Intentó suicidarse en la cárcel y desde entonces fue vigilada por las otras reclusas, para que no reincidiera. Pero al fin murió linchada por sus compañeras. Circuló entonces la versión de que antes había sido envenenada. Porque Enriqueta sabía demasiado y era peligrosa para mucha gente.

En *El cielo bajo los pies* un policía es el peor enemigo de la periodista e investigadora. El otro, la prensa amarilla. También en las novelas de Fernando Gómez y Marc Pastor la ley es lenta y contradictoria.

Y de Enriqueta hay pendiente una película. La iniciativa fue del director, guionista y productor Pedro Costa (recuerde el lector su exitosa serie *La huella del crimen*). El productor de *Amantes* y *La buena estrella* publicó en el 2006 una extensa crónica sobre esta mujer, en el diario *El País*. Hoy la productora Mediapro mantiene el proyecto en suspenso, y lo cierto es que el guionista Lluís Arcarazo trabajó durante largo tiempo en lo que se anuncia como una costosa producción. Sostiene el también autor del guión de la notable *Salvador* (2006) y de *Llach, la revolta permanent* (2007) un criterio más cercano al de Elsa Plaza. Su historia está contada desde el punto de vista de Enriqueta, quien desde luego no es trigo limpio. Y que ve cómo su vida se va convirtiendo en una tenebrosa leyenda, un mito imparables lleno de fantasías y truculencias. Ese mito que ahora vemos nacer y crecer, como si mirásemos el huevo de una serpiente. **L.N.**

que defiende su teoría, aunque esto la ponga en peligro: Enriqueta, a quien consigue entrevistar en la cárcel (y no le cae nada bien), no es más que un chivo expiatorio. Ella y sólo ella es el mal, y con mayúsculas. En tanto, el otro mal, el verdadero e incesante, el secuestro y explotación de niños, las orgías en barrios privilegiados y demás inmundicias que manchaban también a estamentos oficiales, continuaban impunes.

Cuando estaba decidido a escribir un diccionario sobre criminales españoles, Fernando Gómez acabó centrándose en Enriqueta Martí. Y para buscar la verdad sobre el monstruo escogió una vía muy eficaz: una serie de distintos narradores que van iluminando el oscuro caso de la vampira. Su libro es breve y muy convincente. Sabemos de la ciudad y de los niños desaparecidos –y de Teresita– por un guardia municipal que se teme lo peor. También por el brigada que consigue entrar en el 29 de la calle Poniente para enfrentarse a la im-

Las madres de las víctimas solían ser prostitutas, porque sus avisos no eran tomados en serio por la policía

placable mirada de aquella mujer. Y, muy importante, por un burgués, usuario habitual de las recetas de Enriqueta. Una crónica de capítulos secos y duros como tragos de aguardiente.

Libro en principio extraño, y hasta alarmante. Sobre todo por algunos de los poemas que aquí se intercalan y que dan a esta curiosa edición una entidad múltiple. Pero lo cierto es que Pierrot, presentado en la solapa como dramaturgo, actor, pintor y escultor, es alguien con un arrojo admirable. No me refiero a sus versos de insoportable rima: “Mirad, hijos de la mierda religiosa, / aquello que con tanto odio negáis / es, cínicos / lo que más deseáis”. Ni a sus ilustraciones –algunas muy estimables, por cierto–, ni tampoco al erotismo lanzado y kamikaze. Lo realmente bueno es que el verdadero desafío, que era meterse en la cabeza de Enriqueta, lo cumple con creces. Simplemente –con trabajo, talento y chispas de genio– consigue que vivamos con ella desde sus oscuros orígenes, sus inicios y su trayectoria como prostituta, en el discurrir de su mente mordaz y enferma, desenfrenada y racional. Dice verdades y bestialidades, suelta frases como hachazos (y a hachazos ejecuta a sus víctimas) y, por otra parte, es portavoz de una novela social que respeta su tiempo. No es fácil imaginar a Enriqueta con ideas anarquistas, al mismo tiempo pacifistas, pero el autor consigue que todo suene muy verosímil. |



El mes de Joan de Sagarra

Un libro recopila una selección de las crónicas de Jacinto Antón, un ‘raro’ en las redacciones de los periódicos de nuestros días, colmadas de anécdotas, aventuras y viajes

Jacinto hace de las suyas

Jacinto Antón
Pilotos, caimanes
y otras aventuras
extraordinarias

RBA
352 PÁGINAS
21 EUROS

JOAN DE SAGARRA

Por si a estas alturas alguno de ustedes, amables lectores, todavía no me conoce, permítanme que me presente. Soy un *gamin* de París de setenta y un años recién cumplidos (Capricornio con ascendente Escorpión), el cual, por una serie de desagradables circunstancias, se ha visto forzado a vivir en la Gran Encisera, como dijo Woody Allen, y que para no tener que trabajar se dedica a escribir en los periódicos lo menos posible. Escribo

ser recogidas, una selección de ellas, en un libro (RBA) que lleva el bonito y chulito título de *Pilotos, caimanes y otras aventuras extraordinarias*.

Si yo fuese un notario de Amposta o un matarife de Manlleu, poco familiarizado con la fauna barcelonesa y que jamás hubiese tomado una copa con Jacinto Antón, al leerle pensaría que se trata de un personaje escapado de una novela de Evelyn Waugh o de Pierre Marc Orlan, el Mac Orlan de *La*

los periódicos que parecen tanatorios y donde, como mi amigo se quejaba en una crónica, “es difícil encontrar alguien con quien compartir el entusiasmo por Kellogg; todo el mundo anda muy pendiente de la actualidad”. Así, del mismo modo que a Enric Juliana le hubiese gustado ser el cardenal Merry del Val, a Jacinto le hubiese gustado ser Mark Kellogg, el redactor del *Bismarck Tribune*, enviado especial con el Séptimo de Caballería en la batalla de Little Big Horn, “por lo menos hasta que le arrancaron el pelo y la oreja y lo dejaron en tal estado que hubo que reconocerlo por las botas”.

Entre las muchas rarezas de Jacinto destaca la que él llama “mi progresiva especialización en esa rama del Nuevo Periodismo que constituyen los viejos pilotos húngaros”, empezando por su idolatrado conde Almásy, el protagonista de la novela de Michael Ondaatje *El paciente inglés*, con el que Jacinto suele tomar copas en el Negresco, un bar de aviadores junto al Danubio, en Budapest, en compañía de otro aviador, el conde Orsich. Eso cuando no surca las aguas del Congo con Conrad, juega al tute con Thor Heyerdahl en la *Kon-Tiki* o su mirada “paleontolíbidoso” se apodera del “cuerpo sumamente cretácico” de Raquel Welch en *Hace un millón de años* hasta arrancarle un beso.



Ralph Fiennes y Kristin Scott Thomas en una escena de la película ‘El paciente inglés’ (1996)

ARCHIVO

en una Lettera 35 mientras me fumo un habano y me bebo uno o dos Jamesons (whiskey irlandés). Leo a diario entre media y una docena de periódicos, incluido *Il Piccolo* de Trieste, y provisto de unas tijeras suelo recortar todo aquello que me llama la atención, como el reciente descubrimiento de una boa gigante, *Titanoboa cerrejonensis*, que vivió en la selva tropical de Colombia hace 60 millones de años, o la subasta, en Nueva York, de unas sandalias que pertenecieron al Mahatma Gandhi y que ha levantado una gran indignación entre los lectores del *Times of India*, otro de mis periódicos favoritos. También recorto un reducido número de artículos, crónicas, reportajes, entrevistas, etcétera, de tipos a los que aprecio y admiro. Pues bien, uno de esos tipos es Jacinto Antón, cuyas crónicas en *El País* no tienen desperdicio y acaban de

Yo, que he tomado más de una copa con él, suelo asociarlo con héroes de mi infancia como Guillermo Brown

bandera. Y no andaría equivocado. Pero yo, que he tomado con Jacinto más de una copa, suelo más bien asociarlo con los héroes de mi infancia, concretamente con las divertidas historias de Guillermo Brown y sus compinches. Así pues, no les extrañará si les digo que en la carpeta, vieja carpeta, en la que guardo las crónicas que suelo recortar de mi colega he escrito las mismas cinco palabras que encabezan estas líneas: Jacinto hace de las suyas.

Jacinto Antón es un tipo raro, y más en las actuales redacciones de

Temas actuales

A veces Jacinto se digna a descender hacia la actualidad y nos habla de manera entrañable, como sólo él sabe hacerlo, del entierro en Gaborone, Botsuana, del Negro de Banyoles o, “criado en la noble tradición de los húsares de Nádasdy y los lanceros de Bengala”, nos cuenta cómo un 23 de febrero, con 23 añitos, tomó el Congreso de los Diputados (real como la vida misma). O cómo alimentó durante meses una mamba negra con cochinillos de Vic disfrazados de Carod-Roviras. O, emulando al joven Harry Faversham (*Las cuatro plumas*), se hizo marcar con un hierro al rojo vivo en la frente para hacerse pasar por un mudo nativo Sangali y cruzar las líneas de los Derviches del camarada-comisario Saura en una terrorífica noche del Raval.

Confiemos en que, para jolgorio de la parroquia, el raro Jacinto siga haciendo de las suyas. |